



EGUZKILORE

(Flor protectora contra las fuerzas negativas)

Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología
San Sebastián, N.º 9 Extraordinario - Diciembre 1996.

“Homenaje a Julio Caro Baroja y José Luis L. Aranguren”

- **A. Beristain.** “A dos Maestros: Julio Caro y J.L. L. Aranguren” 7

ACTO ACADÉMICO EN HOMENAJE A JULIO CARO

- **J. M^o Bandrés.** “Julio Caro: intelectual y humanista” 13
- **A. Beristain.** “Amores de don Julio (1914-1995) 19
- **J.A. Garmendia.** “Evocación y Homenaje a Julio Caro” 31
- **J. Garmendia Larrañaga.** “Barojatzaz, oroipen maitasunez” .. 39
- **J.L. Munoa.** “Julio Caro: intelectual independiente” 45
- **P. Caro Baroja.** “Las canciones de las novelas de Pio Baroja” .. 51

PUBLICACIONES DE J. CARO BAROJA EN EL IVAC-KREI

- Procesos y causas por brujería y testificaciones infantiles 61
- Prólogo a *Crisis del Derecho represivo* 77
- Prólogo a *Fuentes de Derecho penal vasco (Siglos XI-XVI)* 83
- Otro trago amargo 91
- Cárceles y asociaciones criminales en el pasado y en el presente 101
- Releyendo textos sobre el libre albedrío y la libertad 129
- El terror desde un punto de vista histórico 139
- El terror desde un punto de vista etnológico 157
- Prólogo a *De Leyes penales y de Dios legislador* 175
- 42 años junto a mi tío 181
- Fantasías y lucubraciones en torno a San Ignacio de Loyola 189

PUBLICACIONES DE J.L. L. ARANGUREN EN EL IVAC-KREI

- Prólogo a *Ciencia penal y Criminología* 201
- El problema de las drogodependencias en el momento actual 207
- La historia de la universalización de los Derechos Humanos 225
- Cuestiones fundamentales desde la ética 243
- Ética y Derechos Humanos 259

EGUZKILORE

Número Extraordinario 9,
San Sebastián
Diciembre 1996
45 - 49

D. JULIO CARO BAROJA: INTELLECTUAL INDEPENDIENTE Y CIENTÍFICO VERAZ

José Luis MUNOA ROIZ

*Profesor de Historia de la Medicina
UPV/EHU*

Resumen: Como homenaje a D. Julio Caro Baroja se comenta un encuentro que, con motivo de una tertulia en casa de D. Pio, sirve de muestra de su singular dimensión humana. Intelectual independiente e incorruptible, su principal preocupación era la búsqueda de la verdad. Es por esto que es considerado un ejemplo de intelectual honesto, siempre persiguiendo un saber ajustado a la Razón y reglado por la Ciencia.

Laburpena: On Julio Caro Barojari omenaldi bezala, On Pio Barojaren etxean izandako bigira bat dela eta, bilera bat azaltzen da, Caro jaunaren berezi giza-dimensioa ezagutzeko balio duena. Intelektual independente eta ustel-ezina, egiaren aurkitzea zen bere kezka nagusia. Hori dela eta intelektual zuzentzat hartzen zaio, beti Arrazoiari lotutako eta Zientziak zuzendutako jakintza lortzen saiatzen dena.

Résumé: À la façon d'un hommage à M. Caro Baroja, nous trouvons ici, au sujet d'une petite soirée chez M. Pio Baroja, toute la grandeur humaine de cet intellectuel indépendant et incorruptible dont son premier souci était la recherche de la vérité. C'est à cause de cela qu'il est devenu un exemple d'intellectuel honnête, intéressé toujours à la poursuite d'un savoir réglé à la raison et à la science.

Summary: Starting from a meeting in Pio's house, the singular human magnitude of Julio Caro Baroja is described. Independent and incorruptible intellectual, his principal interest was the discovery of the truth. For this reason he was considered an exemplary upright intellectual, persecuting forever a scientific and reasonable arranged knowledge.

Palabras clave: Homenajes, Razón, Humanismo, Verdad Científica.

Hitzik garrantzizkoenak: Omenaldiak, Arrazoi, Humanismo, Zientzi-egia.

Mots clef: Hommage, Raison, Humanisme, Verité Scientifique.

Key words: Homage, Sense, Humanism, Scientific Truth.

Excmo. y Mgfc. Sr. Rector, Autoridades, Sras., Sres.:

No es fácil justificar mi participación en esta ceremonia que dedicamos a recordar la singular personalidad de Julio Caro Baroja. Solamente la imperativa solicitud del profesor Antonio Beristain y su nula disposición a recibir negativas puede explicar el que yo tome la palabra en este evento.

¿Qué puedo decir yo de Julio? Su obra ha sido estudiada por personalidades competentes en las diversas disciplinas de las que trata y su personalidad científica analizada con todo rigor, para terminar ubicada en el nivel de excelencia que le corresponde con toda justicia. Por tanto, en estas circunstancias, ¿qué puedo aportar yo? Ante la evidencia de mis limitaciones, hube de reflexionar y concluí que quizás restaba un mensaje humano, un eco sentimental sumido en el recuerdo y que corre el riesgo de perderse, con el paso de los años, en el siniestro río del olvido, el mitológico Lete.

Conocí a Julio Caro Baroja en Madrid, en casa de D. Pío, en el remoto curso de 1952-53, cuando yo me preparaba como especialista y completaba los cursos del Doctorado. Mi hermano Rafael y yo aspirábamos a que la suerte nos deparara la oportunidad de asistir a la famosa tertulia de la calle de Alarcón y, si a la osadía se aliaba la fortuna, solicitar una dedicatoria en un modesto libro que escondíamos pudorosamente, con la esperanza de que unas letras y una firma lo transformasen en una joya. El deseo se cumplió y D. Pío estampó su firma, porque el talento y la sabiduría han sido siempre generosos.

En la tertulia, los apriorismos propios de los jóvenes quedaron frustrados desde los primeros momentos. La reunión, presidida por el autor de una magna obra literaria de proyección universal, no era, como suponíamos a raíz de experiencias anteriores en otros cenáculos, una asamblea de domesticados escuchadores organizados en orfeón amenista. Era, en cambio, algo atípico, vivo, múltiple, libre y tolerante.

D. Pío, con "txapela" y manta sobre sus rodillas, escudriñaba con curiosidad a cada contertulio y escuchaba interesado el coloquio sin perturbar su vivacidad más de lo preciso. Siempre solícito y deferente, preguntaba con frecuencia, insistiendo en los detalles que habían despertado su atención; prestaba así, con tacto exquisito y cortesía señorial, el protagonismo adecuado a cada asistente.

De esta forma, éramos todos interlocutores, todos nos sentíamos integrados y la conversación fluía sin monopolios de personas o de temas.

D. Pío ocupaba un ángulo de la espaciosa estancia y, en derredor, nos situábamos los participantes, sin jerarquía de edad o veteranía. El timbre de la entrada sonaba con frecuencia y uno cualquiera, supongo que de entre los veteranos y conocedores de los hábitos sociodomésticos de la casa, acudía a abrir la puerta. La gente entraba y salía con familiaridad, sin que se interrumpiera o se alterase lo más mínimo la conversación de los reunidos.

En el centro de la habitación había una gran mesa cubierta de papeles y algunos libros.

De pronto, irrumpió en la reunión un hombre joven al que los veteranos saludaron afectuosamente y que completó la presentación a los novatos con un escueto "Soy Julio".

Inmediatamente, se sentó tras de la mesa y comenzó a ordenar los papeles y a revisar libros repletos de señales. Aparentaba no tener mucho interés por nuestra conversación y estar concentrado en la labor que había organizado sobre el tablero. Profundo error. Inclinando la cabeza levemente y sin dejar de hojear papeles y de dibujar algo que yo, desde mi posición, no alcanzaba a percibir, comenzó a participar con evidente entusiasmo en nuestros temas. Yo me había referido a ciertos aspectos del realismo en la obra de Galdós y la conversación fue deslizándose de la Literatura hacia lo personal y anecdótico. Se habló de los hábitos personales de D. Benito, de su constante temor a la ceguera, ya que padecía una grave enfermedad ocular, e incluso de sus problemas para compaginar sus numerosas amistades femeninas y los compromisos económicos que éstas conllevaban. Julio recordó entonces con gracejo la escena que se desarrolló cuando, vestido de chaqué y flanqueado por dos ilustres miembros, se encaminaba Galdós a la Real Academia de la Lengua. De entre el público curioso que contemplaba con respeto al trío surgió bruscamente una garrida moza que, puesta en jarras, se situó frente a los tres venerables y, mirando fijamente al sorprendido D. Benito, le dijo elevando la voz: “¡Adiós, gloria nacional!”. Muchos y diversos fueron los temas tratados en la tertulia: el historiador Del Río Hortega, sus relaciones con Ramón y Cajal, el dibujante Bartolozzi, su exilio en México y las dificultades de su familia en Madrid, etc. En todos participaba Julio con amenidad, oportunidad y prodigiosa memoria.

Desde entonces, tuve oportunidad de tratarlo muchas veces por circunstancias diversas, casi siempre con motivo de actividades culturales en las que participábamos conjuntamente. Por su generosa disposición y su talante liberal, era asequible a todo requerimiento intelectual y sus colaboraciones aportaban rigor en el tratamiento de los temas y nobleza en los fines. Al hilo del recuerdo quedan las visitas a Itzea, las reuniones en el Museo de Historia de la Medicina Vasca, dirigido por el Dr. Goti, el Congreso de Brujología, el homenaje a D. José Miguel Barandiarán, la edición del libro *Ignacio de Loyola Magister Artium en París*, coordinado por Julio y por Antonio Beristain, y en el que me correspondió desarrollar el tema del “Don de lágrimas”, etc. Completa tan gratificantes recuerdos un delicioso cuadro de brujas y lamias, con una expresiva dedicatoria reflejo de una afición compartida por el mundo imaginativo y mágico.

Por último, reitero mi reticencia a comentar la obra de Julio, pero no puedo evitar mencionar dos libros, en cuyas páginas el sensible, pero crítico, espíritu de Julio se pone de manifiesto. En primer lugar, *Los Baroja*, en cuyas memorias familiares Juan Goytisolo percibe reminiscencias de ese representante de la insurrección creadora y la insumisión intelectual que es el liberal José Blanco White, que como Julio en cierto sentido, fue un lúcido solitario. En las páginas de *Los Baroja* hay un patético recuerdo para su madre, con referencia a la felicidad. Después, Julio reflexiona un poco sorprendido sobre la importancia que la felicidad tiene en el mundo femenino. ¿Podría su razonada y serena renuncia a ciertos objetivos de plenitud y realización, explicar su actitud personal?

El segundo lo ocupa *Las falsificaciones de la historia*, obra en la que hace referencia a los fraudes históricos bajo el clima creado por MacPherson, inventor de los fabulosos poemas de Ossian, en los que creyó Herder y que dieron lugar a la implantación de un nuevo verbo, el de “macphersonizar”. Termina reconociendo que son aún

más temibles los que interpretan los hechos a su modo, de acuerdo con sus intereses y adecuándolos a sus fines.

Fue Julio, en palabras del académico Manuel Alvar, un ciudadano egregio y un hombre cabal que, en mi opinión, desdeñó la adulación del mercado de voluntades en donde la cobardía y la miseria moral tienen precio de lance.

Los que le conocíamos y tratábamos éramos conscientes de que su aparente misoginia se compensaba ampliamente con un cierto aire entre ausente y desvalido que enseguida despertaba un profundo afán protector en el entorno femenino. En ese clima de afecto, era evidente la deferencia y consideración que guardó siempre hacia Julio la hija de Ortega y Gasset, Soledad. La singular dimensión humana de ambos personajes dotaba de un ambiente de plenitud espiritual e intelectual a aquella enriquecedora amistad, incluyendo a los que tuvimos el privilegio de tratarlos.

Esta amistad se mantuvo inalterable, pese a la publicación de las cartas de Ortega en las que se vierten juicios poco gratos acerca de D. Pio.

En mi opinión, al margen de ciertos hechos de calibre más bien anecdótico, Julio, como intelectual independiente e incorruptible, había iniciado un juego amoroso con esa novia impalpable, severa y excluyente que es la VERDAD. La perseguía con devota adoración, arrebátandole en cada ocasión un fragmento, pero consciente de la imposibilidad de poseer la totalidad. La invitación era permanente y el deseo de Julio, insaciable. Respecto a este afán insobornable de Verdad, nuestro personaje tenía clara conciencia de que sólo se alcanza el contacto suave, pero gratificante, dejando en el tenaz intelectual la amorosa impresión sensorial que describió magistralmente Paul Eluard en un poema cuyo último verso recoge este lamento:

“del amor que sólo sabe del calor de nuestros dedos”.

Descansa en paz, Julio, Caballero de la Dignidad e Idólatra de la VERDAD como EPISTEMA, es decir, como un saber ajustado a la Razón y reglado por la Ciencia, y que, por consiguiente, cuestiona siempre de acuerdo con los principios del neopositivismo lógico. Que tu espíritu vele por las jóvenes generaciones que han de enfrentarse con los densos interrogantes del siglo XXI. Tu ayuda será inestimable en ese desafío, porque de ti, ejemplo de intelectual honesto, se puede decir, con evidente razón, lo que el vanidoso Sartre se atribuye a sí mismo:

“Yo comencé mi vida como sin duda la terminaré; en medio de los libros. Aún no sabía leer cuando ya veneraba las piedras alzadas; rectas o inclinadas, apretadas como ladrillos en las estanterías de la biblioteca o noblemente espaciadas como avenidas de menhires”.

Tú nos has dejado la enriquecedora compañía de tus libros y el ejemplarizante modelo del científico veraz.

Muchas gracias, Julio.

ACTO ACADÉMICO EN HOMENAJE A
JULIO CARO BAROJA



De izda. a dcha.: Francisco Etxeberria, Paz de Corral, Juan M.^o Bandrés, José Luis de la Cuesta, Juan José Goiriena, Pío Caro, José Luis Munoa, Iñaki Dendaluze y Antonio Beristain.